

La feroz represión que lleva a cabo el gobierno sirio en ese amago de guerra civil no puede dejar a nadie indiferente. Digámoslo con claridad: el autoritario régimen sirio está basado en un estado policial que se apoya en un ejército poderoso y mayoritariamente fiel a Bachar el-Assad, que está dispuesto a *liquidar* –palabra terrible pero apropiada en este caso– cualquier vestigio de oposición al sistema político que lleva manejando el país desde hace décadas.

Pero, una vez dicho esto, preguntémonos quiénes son esos “civiles” que se oponen –a veces incluso heroicamente– al régimen baasista y quienes están detrás de ellos. Porque, curiosamente, la inmensa mayoría de los medios de comunicación obvian –al igual que sucedió en el caso libio– contarnos quiénes son esos “civiles” que, por arte de birlibirloque, parecen sacar de la nada incluso armas antitanque.

Se trata sin duda, como sucedió en Libia, de una mezcla de civiles (esta vez sin comillas) que de buena fe aspiran a la implantación de formas democráticas “a la occidental”, de islamistas menos que más moderados, partidarios de la implantación de la sharia, e incluso de mujaidines asociados a Al Qaeda, además de los consabidos agentes y mercenarios pagados por las potencias occidentales. Una mezcla que, de triunfar, conduciría a la destrucción del estado sirio, al igual que ha sucedido en Libia, lo cual constituye probablemente el objetivo fundamental de los patrocinadores de las revueltas armadas: dejar al país en manos de etnias de distinta fe religiosa, bandas y lobbys, desvertebrado y débil.

A nadie se le escapa que el destinatario real de la insurrección armada no es otro que el Irán teocrático que está decidido a fabricar el arma nuclear. Después de todo a Israel, árbitro real de las decisiones que se toman en la zona, el gobierno sirio no le venía mal del todo: no reclamaba seriamente los Altos del Golán con sus reservas acuíferas, y de algún modo era un factor de estabilización del Líbano. Pero la decisión iraní de ir a por la bomba ha puesto patas arriba el “equilibrio” (mejor llamémosle la hegemonía israelí) de la región. Y una Siria estable y fuerte, con excelentes relaciones con Irán, es un gran estorbo para según qué decisiones puedan tomarse en el futuro.

Resulta un sarcasmo comprobar que las reclamaciones de “democracia” en Siria están financiadas –con armas y dinero– por las monarquías “democráticas” de Arabia Saudí, Qatar, etc. Monarquías que son más dictatoriales que la propia Siria, como pudo comprobarse en la reciente “actuación” saudí en Bahrein, en la que el ejército saudí aplastó la “primavera” bahreiní sin contemplaciones. De nuevo, los medios de comunicación occidentales –no digamos ya su clase política– ha seguido aplicando la doctrina del doble rasero.

Añadamos a lo dicho la existencia de bases rusas en territorio sirio, el temor turco a que Irán se convierta en el eje político-económico de la región, la existencia de diferencias religiosas en un país de régimen laicizante, la voluntad expansionista estadounidense, la voluntad china de poner diques al expansionismo estadounidense... y tendremos compuesto un cóctel explosivo cuyas primeras víctimas, como siempre sucede, son los civiles inocentes, simpatizan con quien quiera que simpatizan. Una tragedia que se repite una y otra vez.

Hay que condenar, sin duda, la represión en Siria, así como el terror que practican los mujaidines contra la población civil. Aunque, mientras tanto, los dirigentes políticos occidentales sigan dando palmaditas en la espalda a dictadores amigos como Obiang. Pero claro, él (no su país) tiene petróleo...

*Miguel Riera Montesinos*